

les, cuando describía de forma tan brillantemente nuestra esencia, nuestra realidad como nación: “España, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra”. Pero también habría que rememorar aquellas proféticas palabras con las que concluta: “El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o de los reyes de taifas”. Un visión a la que nos abocaremos si Dios, San Fernando y nuestras oraciones —también nuestras acciones— no lo remedian.

DISCURSO DE MIGUEL AYUSO

(LA CIUDAD CATÓLICA EN EL SENO DE LA TRADICIÓN CATÓLICA)

Al doblar el cabo del año 2000, una revista polaca llamada Christianitas realizó una encuesta sobre la importancia de los hechos acaecidos en el último trecho del siglo XX. Me permito recuperar esta noche lo sustancial de mis respuestas de entonces no sólo porque permanecen inéditas, salvo para los conocedores de la lengua polaca, sino también porque introducen muy bien lo que quisiera transmitir en primer lugar, antes de ofrecer una reflexión final sobre nuestra obra de la Ciudad Católica.

A mi juicio, entre todas las numerosas y graves transformaciones que se han producido en los últimos decenios y que amenazan con influir en los sucesivos, merece destacarse la fragmentación de la tradición católica, que la pone en trance de desaparición. Lo que está en juego es, así, toda una civilización, lo que hemos llamado la civilización cristiana, fagocitada por la hegemonía liberal. Vayamos por partes.

En primer lugar, debe recordarse que cuando hablamos de tradición católica no estamos refiriéndonos sólo a una tradición intelectual, ni siquiera a una completa visión del mundo, sino a una civilización. Un distinguido historiador, Salvador Minguijón, escribió estas líneas luminosas a propósito de la esencia doctrinal del tradicio-

nalismo: "La estabilidad de las existencias crea el arraigo, que engendra dulces sentimientos y sanas costumbres. Estas cristalizan en saludables instituciones, las cuales, a su vez, conservan y afianzan las buenas costumbres". En mi libro Koinós, dedicado al pensamiento de Rafael Gambra, que las citaba con frecuencia, puede encontrarse alguna ampliación al respecto, encuentro que significativa, toda vez que la característica diferencial del tradicionalismo español respecto de otros ha sido su pureza doctrinal (ya que la tradición filosófica tomista nunca se perdió en la península ibérica) y su encarnación existencial (en buena medida a causa del empeño aglutinado por una dinastía a través del llamado "carlismo"). Piénsese, por contraste, principalmente en el francés —por no salir del ámbito latino— que vino tarado por el absolutismo; pero en otro orden la comparación vale también para el inglés, donde queda reducido a conservatismo, de resultas de que la revolución suavemente se hizo orgánica, o el alemán, tan vinculado al romanticismo, y aun el polaco, inescindible del nacionalismo.

Esto es, la tradición católica implicaba costumbres, instituciones e ideas. Igualmente, las transformaciones ideológicas revolucionarias condujeron primero a la fractura de las instituciones, que a su vez arrastró generalizadamente la de las costumbres. Y la resistencia a la revolución progresivamente fue quedando en el ámbito de las costumbres, que, al no contar con el sostén institucional, fueron también quebrándose, resistiendo sólo el reducto de las ideas. Unas ideas, progresivamente más depuradas cuanto más se aislaban en el cenáculo de los "militantes" o de los "tradicionalistas conscientes". Este es el proceso de conversión (desnaturalización) de un tradicionalismo cabal en una société de pensée o, en el mejor de los casos, en un ghetto de familias en medio de las ruinas.

Pero es claro que una tal situación viene marcada por el equilibrio inestable. Pues el resto de familias con dificultad va resistiendo la presión exterior, al tiempo que el agregado ideológico, aislado, tiende a fragmentarse, perdiendo el signo de unidad de toda tradición, de toda civilización. Hoy es muy frecuente encontrar defensas de la moral sexual y familiar más tradicional por los mismos grupos que contribuyen a sostener una política que progresivamente hace imposible el mantenimiento de esa moral. Otros defienden la tradición

litúrgica despreocupados de la tradición política. Algunos por fin reivindican pedazos de la cosmovisión tradicional de modo "ideológico", a veces "conservador", otras "revolucionario". La consecuencia es desoladora para quienes quieren seguir recibiendo "la buena noticia" en el seno de la civilización que ésta engendró entre nosotros. Porque es imposible inculturar el cristianismo en la civilización moderna y sus versiones actuales, sea la "fuerte" tecnocrática y prometeica (que cabría llamar hipermoderna), como la "débil" deconstructiva y nihilista (que podemos llamar propiamente postmoderna). También aquí puedo remitir a los desarrollos que he dejado, sobre todo en clave política, en mi libro ¿Después del Leviathan? Sobre el Estado y su signo, editado por Speiro en 1996.

En esta situación, la coyuntura empuja a muchos a salvar lo que se puede de un viejo navío naufragado. Mientras otros se esfuerzan por recordar que los despojos que van a la deriva pertenecieron a un buque cuyas dimensiones, características, etc., es dable conocer. Y todo debe hacerse. Pero lo que no puede olvidarse es que sin el acogimiento de una civilización coherente todos los restos que se salvan, de un lado, están mutilados, desnaturalizados, y —de otro— difícilmente pueden subsistir mucho tiempo en su separación. Así la clave no puede hallarse sino en la incesante restauración-instauración (¿cómo no recordar el memorable texto de San Pío X?) de la civilización cristiana, que además no podrá ser ajena —exigencias de la pietas— de la Cristiandad.

Ahí enlazamos precisamente con la obra de la Ciudad Católica. Que nació para la defensa, no sólo teórica, sino también práctica, del derecho natural y cristiano, en el seno de la civilización cristiana. Los principales influjos doctrinales que convergieron en su fundación se encuadraban, pues, en lo que podríamos llamar la contrarrevolución (siempre que pongamos cuidado en no dar prioridad esencial al elemento negativo o reactivo respecto del afirmativo del orden) o la tradición. Eugenio Vegas, Francisco Canals y la revista barcelonesa Cristiandad o los intelectuales carlistas como Rafael Gambra o Elías de Tejada coincidieron siempre no sólo en la defensa de la unidad católica de España sino también en el rechazo de la postura liberal-católica y demócrata-cristiana, ejemplificada en su día en la figura de Ángel Herrera y su asociación de propagandistas, pero andando el

tiempo no menos en los movimientos que han vivido su momento de éxito tras la fragmentación de las estructuras eclesidásticas de resultados del II Concilio Vaticano. El correr del tiempo ha agravado, es cierto, la situación de lo que queda de la civilización cristiana, de modo que muchos amigos pueden verse por lo mismo tentados de acudir a taponar las brechas que parecieran más urgentes en compañías que se dirían más aptas para la misión. Sin reparar que esas brechas se han producido precisamente en buena medida por no haber atajado, antes al contrario, por haber secundado, las doctrinas y las políticas contra las que nació la Ciudad Católica. No albergo por ello la menor duda sobre la necesidad de conservar y hacer fructificar nuestro carisma fundacional. No será para todos, pero no deja de ser necesario. Por ello me he visto obligado a recordarlo esta noche, entre amigos muy queridos que lo saben tanto o mejor que yo, a los que quería convocar a este esfuerzo de reflexión conjunto.

Muchas gracias.